



19 V 23

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo II

En un pasaje de una de sus epístolas, la dirigida a los efesios — de donde salió la palabra *ad-efesio* — nos habla el apóstol San Pablo de «dos ojos del corazón» (I, 18). Aquel libro místico alemán que se llama «Theología Germanica» y que tanto leyó y meditó Lutero, nos dice que el alma del hombre tiene, como su cuerpo, dos ojos, uno con el que mira a las criaturas y otro con el que mira al Creador y que sólo vemos con cada uno de ellos cuando cerramos el otro. Y Blas Pascal, en uno de sus Pensamientos — el 793 — dice que Jesucristo «ha venido en gran pompa y en prodigiosa magnificencia, a los ojos del corazón, que ven la sabiduría».

Pascal emplea en este pasaje la voz *sagesse*, que como el alemán *Weisheit* y el inglés *wisdom*, se distinguen y a las veces hasta se oponen a *science*, *Wissenschaft* y *knowledge*, a ciencia o conocimiento. ¿Para la sabiduría, la sapiencia, la *sagesse*, ¿se ve o se oye? ¿Es con los ojos o es con los oídos del corazón con los que la percibimos? El corazón, en su recogimiento íntimo y entrañado, ¿ve u oye?

(K 1e/0

En nuestras errabundas lecturas por los libros, en estos tiempos de tumulto comunista casi olvidados, que brotaron en días de fe de espíritus reconcentrados en el seno de Dios, hemos venido a dar con aquel que a fines del siglo XVI escribió Ricardo Hooker, de la Iglesia nacional de Inglaterra, sobre las leyes de la política eclesiástica: *Of the laws of ecclesiastical polity*. Es obra clásica en la literatura inglesa y en la teología anglicana. De su estilo dice George Lillie Craik que es «casi sin rival por su sostenida dignidad de marcha».

El Prefacio de esta obra de Hooker se abre así: «Aunque no sea por otra causa, por ésta: que la posteridad sepa que no hemos permitido flojamente, por silencio, que las cosas pasen yéndose como en un sueño...» No bien leímos esto fué como una voz que oyéramos en el corazón y que nos decía que lo que pasa en silencio pasa como un sueño, que el sueño se ve y no se oye. Porque en los sueños, en efecto, no suele haber alucinaciones del oído; los sueños suelen ser silenciosos, cinematográficos. El corazón ve dormido, en sueños, pero sólo oye cuando está despierto.

¿Cómo, sin embargo, se nos habla de la visión y no de la audición beatífica? Y siendo que se ve al Verbo, a la Palabra, de Dios, que es sonido aunque sea luz. La palabra suena más que luce. Es que acaso se ha creído que en la región celeste, etérea, como no hay aire no hay sonido, sin advertir que éste se transmite también por otros medios. En el teléfono no va por aire el sonido.

El corazón duerme y el corazón vela; y sueña. El gran poeta lírico portugués Joao de Deus — o Juan de Dios — uno de los más grandes líricos del siglo XIX, decía: «Bebiste para olvidar las penas del corazón; mas él quien no se olvide, el quien no se adormece como se adormece la razón».

Duermo, dice Salomón, pero duermo exhalando ayes, y mi corazón vigila y siento como sentía si es que aun no siento más. No es con vino con lo que extraes el veneno de ese amor, apagas al pensamiento y dejas al sentimiento sin equilibrio en el dolor. Tales nos hizo el Creador que sin la luz de la razón bien se reclina la cabeza, mas aun cuando ella adormezca vela siempre el corazón». Así Joao de Deus. Y veamos que apagar al pensamiento no es dejarle a oscuras sino que es acallarle, dejarle en silencio, y que si la cabeza descansa sin la luz de la razón el corazón vela cuando oye la voz de la conciencia.

Los sueños suelen ser silenciosos y en los sueños suele estar la voluntad muerta; el sujeto — más bien objeto — del sueño está sordo. ¿Dónde está la actividad? Nosotros decimos, en español, lo mismo ver a uno que oír a uno, suponiéndonos activos en la visión y en la audición, mientras que en griego se decía oír de uno, en genitivo, siendo curioso que el verbo que significaba en general sentir o percibir (*catar* en español) — *aisthanesthai*, de donde viene *aisthete*, estética — venía a concretarse en oír. «Sentir de uno un relato» era oírsele. Y, sin embargo, el oír es tan activo como el ver, el escuchar como el mirar. Y hasta se escucha con los ojos. «Con los ojos abiertos ya sin vida — como queriendo oír, miraba al cielo — de la mano de Dios la palma abierta, — y caía el silencio». Así hemos dicho en un pequeño poema a la última palabra de Hamlet moribundo, que fué: «el reposo es silencio».

El corazón duerme y reposa en el silencio y no en la oscuridad, pues mientras ve sueña. Y sólo vela cuando oye. Sueña visiones, no palabras. Los fantasmas son para la vista, no para el oído.

Todo esto he estado entretejiendo estos días en el silencio de mi celda doméstica, lejos del bullicio civil de las muchedumbres, rumiando en mi corazón esta brava tormenta que se ha desencadenado sobre mi patria. Y recordando como el general don Juan Prim, el que trajo a España la revolución de setiembre de 1868, en que rodó el trono de doña Isabel de Borbón, hablaba de destruir «en medio del estruendo», lo existente. Quería ruido; sabía que sin ruido no hay revolución. Las manifestaciones silenciosas son manifestaciones cinematográficas, de ensueño.

¿Pero es que la revolución no es también sueño? ¿Y qué no es sueño? Píndaro le llamó al hombre «sueño de una sombra» y no sueño de un eco. ¿Qué diferencia va de un eco a una sombra? ¿No es el eco la sombra de un sonido?

En tanto, corazón, aunque nada veas, escucha; abre los oídos, aunque cierres los ojos. Vale más que oigas a la Palabra con las tinieblas que no el que veas el Sol en el silencio.

